

LIBRO DE MATEO

Lección 62, Capítulo 17 y 18

La semana pasada comenzamos a profundizar en la interesante historia con la que termina Mateo capítulo 17, acerca de cierto recaudador de impuestos que llega a Capernaúm, donde Yeshua residía con Pedro, y pregunta: «¿Acaso su Maestro no paga el impuesto?». Pedro es quien responde de manera inequívoca: «Por supuesto que sí». Yeshua no cuestiona en absoluto la respuesta de Pedro, por lo que es razonable suponer que Jesús paga el impuesto voluntariamente.

Otra suposición que han hecho los intérpretes bíblicos a lo largo de los siglos es que se refiere al impuesto del Templo y no a algún impuesto romano. Las palabras «impuesto del Templo» no aparecen en los manuscritos griegos originales. Sin embargo, el monto del impuesto (aunque expresado en dracmas romanos) equivale al medio siclo hebreo. Y medio siclo era el impuesto anual que se debía pagar al Templo. Por lo tanto, parece más probable que se tratara del impuesto del Templo y no de otra cosa.

Detengámonos para volver a leer esta breve sección al final de Mateo 17.

VOLVER A LEER MATEO CAPÍTULO 17:24-27

Curiosamente, el impuesto del Templo no era obligatorio para el pueblo judío. Sin duda se presionaba a la gente para que lo pagara, pero no hacerlo no acarreaba ninguna sanción. Esto explica por qué era apropiado que Jesús dirigiera una conversación sobre este impuesto. Es decir, es válido interpretar las acciones y palabras del relato en el sentido de que, si la ley hubiera exigido pagar el impuesto, Cristo no se habría negado a pagarlo. Debemos considerar acertada la afirmación de Pedro de que Yeshua sí paga el impuesto del Templo; no hay razón para entenderla de otra manera. Por lo tanto, Yeshua ciertamente no considera que pagar este impuesto legal, pero no obligatorio, incluso a unas autoridades del Templo irremediablemente corruptas, sea algo espiritualmente incorrecto o inmoral.

Cuando Yeshua habla de «los reyes de la tierra» durante su conversación con sus discípulos, debemos entenderlo en contraste con «el rey del Reino de los Cielos». Y es precisamente este contraste entre reyes y reinos el que se desarrolla en el resto de este breve relato. Así pues, la pregunta que Cristo hace (para explicar algo) podría reformularse de este modo: «Bien. Si los hijos de los reyes terrenales no están obligados a pagar impuestos por el privilegio de pertenecer al reino de ese rey (como sí deben hacerlo todas las demás personas de ese reino), ¿deberían los hijos del rey del Reino de los Cielos pagar impuestos por el privilegio de ser miembros del Reino de los Cielos? O, en ambos casos, ¿son únicamente quienes no pertenecen a la familia los que pagan?». Los discípulos responden que, por supuesto, ningún hijo de un rey paga impuestos.

Cuando entendemos que, desde la perspectiva de Yeshua, todos los adoradores de Dios... todos los miembros del Reino de los Cielos... son considerados hijos... familia..., entonces Él está diciendo que no existe, en sí, ningún costo monetario legal para convertirse en miembro del Reino de Dios ni para conservar esa condición. Dios no cobra impuestos... Dios no exige tributo (como lo hace un rey terrenal) a quienes forman parte del Reino de los Cielos, porque ellos... nosotros... tenemos una relación muy especial con el rey. Dicho de otro modo, dado que no hay ninguna cuota obligatoria que pagar para formar parte del Reino de Dios, ni siquiera los más pobres entre los pobres tienen que preocuparse por no poder pagar o por ser expulsados del Reino por carecer de dinero para cubrir un impuesto. Quiero señalar que en otras declaraciones de Cristo (y de la Ley) se esperan contribuciones en forma de donaciones caritativas, pero solamente cuando nacen sinceramente del corazón. No obstante, de una forma u otra, estas donaciones caritativas tienen el propósito de ayudar a proveer para el prójimo y no de llenar los bolsillos del Rey celestial.

Otra cosa implícita en la pregunta de Yeshua era algo que todos los judíos de aquella época sabían sin necesidad de que se dijera: el sumo sacerdote intentaba presentar el pago del impuesto del Templo como una especie de validación mediante la cual el judío demostraba su lealtad al sistema del Templo, entendido como representación terrenal y visible del Reino de Dios. Por lo tanto, no pagarlo equivalía a situarse fuera del sistema del

Templo y de sus beneficios y, en consecuencia, fuera del Reino de Dios. En otras palabras, pagar el impuesto del Templo era la manera de demostrar que uno seguía perteneciendo al Reino. A esto Jesús responde que los hijos (los adoradores de Dios, el rey del Reino de los Cielos) están exentos de tener que hacerlo.

Si el relato terminara aquí, probablemente podríamos respirar aliviados y quedar satisfechos con la declaración de Cristo sobre por qué sus discípulos (y, de hecho, todos los judíos) no tenían, a los ojos de Dios, obligación de pagar un impuesto al Templo... a la autoridad religiosa. Pero entonces Yeshua nos sorprende con un giro inesperado. Dice... PERO... SIN EMBARGO... lo que significa «por otra parte». Por lo tanto, está a punto de matizar el proverbio que acaba de expresar. Y para que quede claro: un proverbio no es una ley ni un mandamiento. Un proverbio es un dicho de sabiduría que, por naturaleza, constituye una generalización. En el inglés moderno podríamos llamarlo una regla práctica divina.

En uno de los relatos bíblicos más conocidos, Yeshua le dice al pescador Pedro que vaya al lago, lance el anzuelo y pescará un pez. En la boca de ese pez habrá una moneda de un siclo, y Pedro deberá utilizarla para pagar el impuesto del Templo tanto por él como por Yeshua. ¿Por qué pagar el impuesto si no están obligados a hacerlo? Para evitar ofenderlos «a ellos». ¿A quiénes? A la organización del sumo sacerdote que administra el Templo. Al liderazgo religioso del pueblo judío, al que incluso Cristo ha acusado de corrupto.

No está claro cómo debemos entender exactamente el milagro del pez y la moneda que llevaba en la boca. Evidentemente, debemos comenzar por reconocer su naturaleza milagrosa. Me parece que debemos entender que es Dios quien proporciona la moneda para pagar al Templo. Por consiguiente, Dios está diciendo claramente no solo «deben pagar el impuesto», sino que también está proporcionando los medios para hacerlo (en este caso, de manera milagrosa). Todo ello para no ofender a las autoridades religiosas. Amigos, para mí esta es una de las lecciones prácticas más importantes para los creyentes en todo el Nuevo Testamento. Básicamente, es un golpe contra el idealismo obstinado y un llamado a la sensatez. Es un llamado a evitar la obediencia mecánica a

leyes y reglas. Lamentablemente, un buen número de personas que siguen el enfoque de la Herencia Hebrea para comprender las Sagradas Escrituras y obedecer las leyes y los mandamientos de Dios pueden caer en una mentalidad que imita mucho la de los judíos ultraortodoxos, quienes siguen las reglas y las leyes al pie de la letra, hasta el punto de dejar de lado el espíritu de esa regla o ley. Esto puede parecer no solo irrazonable, sino incluso cruel. Lo que significa que resulta contraproducente para las Buenas Noticias del Reino de los Cielos.

Es interesante que la Iglesia institucional a menudo lleva el significado de este proverbio al extremo opuesto. Es decir, que nuestra libertad personal para decidir como queramos sobre la mayoría de las cosas de la vida no tiene límites. Así que, aunque la regla establece que los creyentes (como hijos) no tienen que pagar el impuesto del Templo, podemos pagarlo de todos modos (si así lo deseamos). Con frecuencia se interpreta como una declaración contraria a la Ley de Moisés.

Este breve relato y proverbio sobre el impuesto del Templo y el pez tiene varios aspectos importantes, y solo abordaremos algunos. Primero: este proverbio trata esencialmente de la relación entre Dios y el pueblo judío. O, mejor dicho, entre Dios e Israel. Dios considera hijos a los israelitas (judíos). Es interesante cómo el cristianismo ha reinterpretado esta declaración para dar a entender que la Iglesia (es decir, los cristianos gentiles) son los hijos del rey en este relato. En cierto sentido, esto es verdad. Pero ¿cómo podría ser cierto si claramente los gentiles no tuvieron ninguna participación en este debate sobre el pago del impuesto? ¿Cómo llegaron los creyentes gentiles a ser «hijos del rey»? ¿Significa esto que posteriormente se retiró de Israel su condición de hijos y se transfirió a la Iglesia gentil? La mayor parte de la Iglesia, desde aproximadamente el siglo IV, dice que sí. Esta creencia se conoce como Teología del Reemplazo. Es una doctrina falsa, pero muy extendida, que ha perjudicado enormemente la relación entre los creyentes gentiles y los judíos, y que ha levantado una barrera casi impenetrable para que los judíos conozcan a su propio Mesías... Yeshua de Nazaret.

Pablo abordó específicamente este asunto en Romanos 11, explicando no solo cómo los gentiles pueden convertirse legítimamente en hijos de Dios,

sino también cómo los gentiles se están uniendo a los hijos que Dios ya tiene (Israel), en vez de reemplazarlos. Utilizó la imagen de Israel como el olivo y el método de cultivo del injerto como metáfora de la manera en que los gentiles pueden unirse a Israel y a sus pactos para convertirse en hijos. Pueden consultar mis lecciones sobre el Libro de Romanos en TorahClass.com para examinar extensamente este capítulo.

Segundo: Cristo les dijo a sus discípulos que debían pagar el impuesto del Templo, no porque fuera obligatorio, sino porque al no hacerlo causarían una ofensa innecesaria a sus autoridades religiosas. Por lo tanto, nuestra forma de poner en práctica las Leyes de Moisés, o incluso la sabiduría de los numerosos proverbios, debe tener en cuenta cómo podría afectar a los demás. En ocasiones debemos limitar nuestras libertades personales por un bien mayor. En el ejemplo utilizado aquí en Mateo 17, la sociedad judía entendía que pagar el impuesto del Templo era una demostración visible de que una persona era considerada un judío observante. La consecuencia de NO pagarlo era principalmente social; es decir, otros judíos interpretarían esa negativa como una señal de que quien no pagaba había abandonado un elemento importante de su identidad judía. Naturalmente, esa era la perspectiva humana, no la de Dios. Sin embargo, para Cristo la perspectiva humana sí importa. Las apariencias SÍ importan, y nunca debemos olvidarlo.

Entonces, ¿cuál es la aplicación correcta para nosotros en la actualidad? ¿Significa esto que, cuando sea del agrado de nuestras autoridades religiosas, nuestro gobierno civil o incluso nuestra sociedad, podemos (o debemos) quebrantar las leyes y los mandamientos de Dios para complacer a los demás y no ofenderlos? ¿Que, como creyentes, debemos seguir la corriente de nuestra sociedad, sin importar cuál sea, para no incomodar a la gente? ¡No! Esta libertad que tenemos no nos autoriza a hacer lo que es moralmente incorrecto a los ojos de Dios. Sin duda, Pablo luchó consigo mismo para saber cómo poner en práctica este concepto y, más aún, cómo explicárselo a los demás. En 1 Corintios, Pablo habla directamente de este asunto. Voy a utilizar las palabras de la CJB (en el lenguaje académico, la CJB se denomina traducción dinámica) porque creo que da en el clavo de una forma muy comprensible y evita los errores

de interpretación en los que tropiezan la mayoría de las otras versiones bíblicas.

CJB 1 Corintios 9:19-23 19 Porque, aunque soy un hombre libre y no estoy obligado a cumplir las órdenes de nadie, me he hecho esclavo de todos con el fin de ganar a tantas personas como sea posible. 20 Es decir, con los judíos, me puse en la posición de un judío para ganar a los judíos. Con quienes están sometidos a una perversión legalista de la Torah, me puse en la posición de alguien bajo ese legalismo para ganar a quienes están bajo ese legalismo, aunque yo mismo no estoy sometido a una perversión legalista de la Torah. 21 Con quienes viven fuera del marco de la Torah, me puse en la posición de alguien que está fuera de la Torah para ganar a quienes están fuera de la Torah; aunque yo mismo no estoy fuera del marco de la Torah de Dios, sino dentro del marco de la Torah tal como la sostiene el Mesías. 22 Con los «débiles» me hice «débil» para ganar a los «débiles». Con toda clase de personas me he convertido en toda clase de cosas, para que, en toda clase de circunstancias, pueda salvar al menos a algunos de ellos. 23 Pero hago todo esto por las recompensas prometidas por las Buenas Noticias, para que pueda compartirlas con los demás que llegan a confiar.

Las apariencias no dejaron de importar cuando nos convertimos en seguidores de Yeshua. Es fundamental adaptarnos a la cultura en la que nos encontramos para no crear obstáculos que impidan que las personas de esa cultura encuentren a Jesús. Podemos levantar barreras innecesarias para la gente. Una vez más, como explica Pablo, esto nunca significa que abandonemos o desobedezcamos la Torah. Significa que nos damos menos importancia a nosotros mismos e incluso hacemos cosas que no necesariamente nos resultan cómodas, si con ello se abre un camino para penetrar en una cultura o incluso se abre la mente de alguien para escuchar la Palabra de Dios, la verdad y la salvación. Cada caso y cada circunstancia son diferentes, por lo que debemos buscar la sabiduría celestial para saber qué es lo correcto.

El tercer aspecto de este proverbio es el siguiente: como creyentes, pertenecemos (al menos por ahora) a distintos ámbitos. Pertenecemos a familias, comunidades, naciones, congregaciones y al Reino de Dios. Por

lo tanto, siempre debemos sopesar las consecuencias más amplias de nuestras decisiones y acciones. Debemos considerar cómo afecta lo que hacemos a cada uno de esos ámbitos. Y sí, a medida que el mundo se vuelve más pequeño e integrado, esas decisiones y consecuencias se complican. Casi todas las decisiones que tomamos agradarán a algunos y ofenderán a otros. No obstante, la conclusión fundamental es la que expresa Pablo en Romanos 14:

CJB Romanos 14:7 7 Porque ninguno de nosotros vive solamente en relación consigo mismo, y ninguno de nosotros muere solamente en relación consigo mismo;

Pasemos a Mateo capítulo 18.

LEER TODO MATEO CAPÍTULO 18

Este capítulo trata de más dichos de sabiduría... proverbios. Cuando digo proverbios, no me refiero a los aproximadamente 800 que aparecen en el Libro bíblico de Proverbios, sino al sentido literario del término. Cualquier dicho de sabiduría podría considerarse legítimamente un proverbio. «No llores sobre la leche derramada». «Dos errores no hacen un acierto». «Una olla vigilada nunca hierve». «Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil». Aunque son modernos, todos estos son proverbios... dichos de sabiduría... reglas prácticas. Yeshua pronunció muchos de ellos; la mayoría ya eran proverbios conocidos en la cultura judía.

Aunque podríamos llamar proverbio a los versículos 1 al 7, probablemente sea mejor considerarlos una enseñanza moral sin ponerles una etiqueta, porque los proverbios tienden a ser un poco más concisos. El tema y punto principal de esta enseñanza moral es que una de las virtudes primordiales de todo creyente debe ser la humildad. De hecho, Yeshua cuestiona si alguien que no demuestra humildad es siquiera apto para ocupar un lugar en el Reino de los Cielos.

La pregunta que plantean los discípulos parece ser consecuencia de un debate que habían tenido entre ellos. El Evangelio de Marcos desarrolla un poco más este aspecto de la enseñanza moral.

CJB Marcos 9:33-37 33 Llegaron a K'far-Nachum. Cuando Yeshua estaba dentro de la casa, les preguntó: «¿De qué estaban hablando mientras viajábamos?». 34 Pero se quedaron callados, porque por el camino habían estado discutiendo entre ellos sobre quién era el más importante. 35 Se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y servidor de todos». 36 Tomó a un niño y lo puso en medio de ellos. Luego lo abrazó y les dijo: 37 «Quien recibe en mi nombre a uno de estos niños, me recibe a mí; y quien me recibe a mí, no me recibe a mí, sino a Aquel que me envió».

Aunque no se indican las razones por las que surgió esta discusión, sospecho que podría tener algo que ver con el hecho de que Yeshua había distinguido claramente a Pedro de los demás y lo había colocado por encima de ellos (en Mateo 16). Si bien esta distinción parece haber estado relacionada tanto con asuntos espirituales como con el liderazgo del movimiento de Jesús, en la mente de los discípulos semejante preeminencia estaba directamente vinculada con el Reino de los Cielos. Ahora tenemos una pregunta que debemos responder. Cuando se mencionaba el Reino de los Cielos, ¿pensaban los discípulos en los mismos términos que la mayoría de los cristianos modernos? Es decir, la mayoría de los cristianos considera que el Reino de los Cielos no es físico, sino invisible; algo enteramente espiritual e intangible. Pero ¿pensaban los doce discípulos en el futuro, en el Fin de los Días, o quizás en el momento en que fueran almas sin cuerpo viviendo en el Cielo? Yo creo que no. Me inclino a pensar que tomaron a Jesús al pie de la letra cuando dijo que el Reino de los Cielos ya había llegado a la tierra. Estaba aquí, en ese momento, y ellos formaban parte de él de una manera real y tangible. Después de todo, eso mismo era las Buenas Noticias que Cristo los había enviado a predicar.

Menciono esto porque, para los discípulos, esta cuestión sobre el liderazgo en el Reino de los Cielos no era un debate teológico abstruso, como preguntarse cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler. Les preocupaba el aquí y el ahora y, por lo tanto, pensaban en cómo Cristo estaba colocando actualmente a cada uno de sus doce discípulos en un orden jerárquico de liderazgo. De ese modo, ser el más importante entre ellos significaba ser el discípulo número uno, situado en lo más alto

de la estructura de liderazgo del Reino de los Cielos. Esto habría sido especialmente importante para ellos porque Cristo les acababa de decir recientemente que pronto moriría y ya no estaría con ellos; por lo tanto, la preocupación natural era: ¿a quién quiere Yeshua que asuma el puesto de próximo líder? Así que, en respuesta a su pregunta, Yeshua lo hace personal. «Sí», les dice; «si USTEDES no cambian y se vuelven como niños pequeños, USTEDES ni siquiera entrarán en el Reino de los Cielos».

La cuestión aquí es que el mero hecho de que estuvieran debatiendo quién era el más importante, y de que formularan abiertamente la pregunta, demuestra que los discípulos tenían sus prioridades completamente equivocadas. No estaban pensando ni actuando con la actitud correcta. La cuestión de quién es el más importante ni siquiera debería estar sobre la mesa SI fueran como estos niños pequeños. Recordando que estaban en la casa de Pedro, en Capernaúm, es natural que hubiera niños pequeños por allí. Así pues, los niños sirvieron como una ilustración que Jesús tenía a mano para comunicarles a sus discípulos algo importante. También quiero señalar que se trataba de un asunto interno (por así decirlo). Concernía al círculo íntimo de Yeshua, los doce. Por tanto, para que quede claro: la cuestión se centra en el liderazgo del movimiento.

Entonces, ¿qué hay en los niños que Yeshua destaca como una cualidad que debe mostrar quien sea el más importante en la jerarquía del Reino? Evidentemente, no debía considerarse a un niño como un modelo religioso para los seguidores adultos de Jesús. Él no está sugiriendo que los adultos maduros deban entrar en una segunda infancia o (como vemos demasiado a menudo en Occidente) que Jesús haya elevado de algún modo el valor y la posición de los niños hasta ponerlos en pie de igualdad con sus padres, ni que su bienestar deba ser la principal preocupación de la sociedad en general. No es que los niños no tuvieran valor en la sociedad hebrea; pero, desde un punto de vista muy práctico, tenían menos valor que un adulto. Un adulto podía tener más hijos y realizar más trabajo. Más bien, la cualidad presente en los niños que Yeshua desea ver en sus discípulos se revela en el versículo 4.

CJB Mateo 18:4 4 Por lo tanto, el más importante en el Reino es quien se hace tan humilde como este niño.

Por lo tanto, la idea no es que nadie deba volverse infantil ni que un niño sea el discípulo ideal. Se trata de que, a los ojos de Jesús, un niño es humilde por naturaleza. Y dado que, en mi opinión, el tema central de este debate sobre quién es el más importante tiene que ver enteramente con la jerarquía de liderazgo (especialmente después de que se cumpla la predicción de Jesús sobre su propia muerte), puede decirse, en términos generales, que los niños pequeños ni siquiera piensan en cosas como quién es el más importante entre ellos o quién estará a cargo de los demás. Así que Yeshua no busca únicamente una actitud interior de humildad, sino también algo que debe reflejarse en el comportamiento de ellos y en el nuestro.

Así que dejemos esto claro: esta cualidad infantil que Cristo desea en sus futuros líderes no tiene nada que ver con poseer inocencia, una impulsividad alegre, una mentalidad simple, ni siquiera con no ser considerados pecadores o malvados. Más bien, se trata de no buscar posición, ventajas ni estatus entre los hermanos creyentes. Se trata de invertir la tendencia típica de la sociedad humana a buscar cómo adquirir poder ascendiendo en la jerarquía del ámbito en el que nos encontramos. Se trata de no tener un concepto demasiado elevado de nosotros mismos por ocupar una posición de liderazgo. Y, sin embargo, la humildad tampoco consiste en adoptar una baja autoestima. En todo caso, la humildad consiste en saber que poseemos la fuerza para hacer cosas que otros no pueden hacer, pero utilizar esa fuerza para ayudar a los demás sirviéndolos. Esa es la esencia del significado de la expresión «líder servidor».

El versículo 3 describe este proceso de volverse como niños pequeños como un «cambio» necesario. En griego es **strepho**, y literalmente **strepho** significa dar la vuelta. «Dar la vuelta» refleja el sentido hebreo del concepto de arrepentimiento. El arrepentimiento no es una actitud de tristeza. El arrepentimiento es un cambio real en el comportamiento físico. Consiste en apartarse de lo que hemos estado haciendo para hacer otra cosa. Por lo tanto, Yeshua les está diciendo a sus discípulos que su comportamiento debe convertirse en algo diferente, y ese algo diferente es la humildad.

El judaísmo incorpora la idea de que quien cambia y adopta el judaísmo (presumiblemente un gentil) emprende un nuevo comienzo de su vida espiritual. En el Talmud, **Y'bamoth** 48b, leemos que al converso al judaísmo se le compara con un niño recién nacido. Es decir, la vida ha comenzado de nuevo. Y bien podría ser esto lo que Cristo tiene en mente al utilizar a un niño pequeño para explicar su punto. El cambio no es simplemente un cambio de dirección, sino una renovación total. De hecho, en una de las declaraciones más conocidas de Yeshua, Él dice lo siguiente, según se registra en el Evangelio de Juan:

CJB Juan 3:3 «Sí, en verdad», le respondió Yeshua, «te digo que, a menos que una persona nazca de nuevo de lo alto, no puede ver el Reino de Dios».

Sospecho que esta expresión de nacer de nuevo para entrar en el Reino y el llamado de Yeshua a sus discípulos a adoptar una humildad semejante a la de un niño para entrar en el Reino están plenamente relacionados en su significado.

En Mateo 18:5, Yeshua pasa de utilizar a los niños con fines ilustrativos y metafóricos a convertirlos en destinatarios de las acciones de las personas. Lo que quiero decir es que recibir literalmente a un niño es algo que debe suceder en la práctica, pero al mismo tiempo sirve como ejemplo de la humildad puesta en acción en la vida de un creyente adulto. Por lo general, los comentaristas cristianos consideran este versículo una alegoría. Es decir, desde su punto de vista, los niños pequeños no se refieren realmente a niños pequeños, sino que simbolizan a todos los que son nuevos en la fe (jóvenes o mayores). Considero que esa postura rígida contradice las palabras que aparecen más adelante en el versículo y que hablan de «pequeñitos». En Marcos 9, Yeshua realmente abraza a un niño pequeño y dice: «Quien recibe a uno de estos niños me recibe a mí». Por tanto, niño, niño pequeño o pequeñito es una referencia directa a los niños... no a los nuevos creyentes.

Entonces, ¿qué significa recibir a un niño en el nombre de Cristo? ¿Y que eso sea lo mismo que recibir a Cristo? Encontramos un sentimiento y una instrucción semejantes más adelante en Mateo, en el capítulo 25. Siempre

es importante encontrar estas conexiones en el estudio bíblico, porque cuando vemos ambos pasajes juntos, uno ayuda a explicar al otro. Abran sus Biblias en Mateo capítulo 25.

LEER MATEO 25:31 HASTA EL FINAL

Recibir a un niño en el nombre de Yeshua significa aceptarlo de la manera en que Yeshua lo haría. En la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, un nombre no es simplemente un identificador personal, como suele significar en nuestros días. Más bien, un nombre refleja determinados atributos. Por lo tanto, recibir a un niño en el nombre de Cristo también significa acercarse a él basándose en los atributos de Cristo. Observen que esta declaración no trata simplemente de ser amables con los jóvenes, los débiles, los necesitados y quienes carecen de poder. Tampoco se trata de que tengamos la opción de hacerlo o no hacerlo. Así pues, desde una perspectiva negativa, NO recibir ni proveer para quienes están indefensos y necesitados le cierra la puerta del Reino de los Cielos a quien se niega a hacer lo correcto sirviéndolos. La idea también incluye el concepto de que, cuando miramos a ese niño, a esa persona pobre o a quien no tiene comida y pasa hambre, debemos comportarnos como si estuviéramos encontrándonos con el propio Jesús. No en el sentido de que esas personas sean necesariamente semejantes a Cristo o siquiera creyentes, sino en el sentido de que Yeshua siempre se identifica, en su ministerio, con quienes carecen de poder, los pobres, los hambrientos y los niños, y relaciona su propósito con ellos. Son aquellos a quienes vino a ayudar, sanar, salvar y proveer. Nosotros, como sus discípulos, debemos reconocerlo y comprender que, cuando buscamos en Él nuestro perdón y nuestra salvación, también asumimos el compromiso de ser sus manos y sus pies en la tierra... haciendo estas cosas en su lugar mientras esperamos su regreso. Ahora quiero hacer una advertencia: no debemos espiritualizar este mandamiento ni convertirlo simplemente en una variedad de emociones o sentimientos cálidos hacia los necesitados. Yeshua ha creado, esencialmente, una especie de unión personal con los oprimidos... con quienes necesitan ayuda práctica, real y concreta para las necesidades cotidianas de la vida. Y debemos actuar en consecuencia, sin prestar demasiada atención a la naturaleza exacta de las causas de sus circunstancias.

Ahora que Yeshua ha explicado lo que los creyentes deben hacer, lanza una advertencia a quienes pudieran obstaculizar o aprovecharse de los indefensos, especialmente de un niño. Pero hay un cambio importante respecto a los niños que no debemos pasar por alto. La advertencia pasa de referirse a los niños en general a los niños que confían en Él. Y en cuanto a los niños que han llegado a confiar en Cristo, para cualquiera que los hiciera caer en una «trampa» sería mejor simplemente morir ahogado. No obstante, debo recordarles que en aquella época las profundidades del mar eran consideradas, casi universalmente, un lugar perverso y aterrador. Se creía que los espíritus malignos habitaban en las profundidades. Por eso, ser arrastrado hasta el fondo del mar con una pesada piedra de molino atada al cuello era quizá una de las peores formas posibles de morir. Para completar la idea, Yeshua dice: ¡ay del mundo por las trampas que se han puesto, y ay de la persona que pone esas trampas! Examinemos esta declaración.

El tono de Yeshua cambia repentinamente de la seguridad y el ánimo a una advertencia y una amenaza apenas velada. Sigue utilizando a los niños como ilustración, pero también de una manera completamente literal. En el sentido literal, Yeshua está advirtiéndole contra cualquiera que desvíe del camino a un niño que confía en Él. Me parece, más concretamente, que probablemente se refiere a convencer a un niño confiado de que abandone esa confianza. O a hacerle cosas a ese niño que le causen tanto daño o tanto miedo que confiar en cualquier persona o cosa se vuelva casi imposible.

Cuando Yeshua dice «¡ay del mundo por las trampas!», encontramos esta expresión formulada de distintas maneras en las numerosas versiones bíblicas en inglés. La versión del rey Jacobo dice: «¡Ay del mundo por causa de las ofensas!». La NAB dice: «¡Ay del mundo por causa de las cosas que provocan pecado!». La NAS dice: «¡Ay del mundo **por causa de** sus obstáculos!». La YLT dice: «¡Ay del mundo **a causa de** los obstáculos!». Por tanto, la cuestión es esta: ¿está diciendo Cristo que el mundo es la causa de las trampas o que el mundo sufre por culpa de quienes las ponen? El Evangelio de Lucas dice algo muy semejante.

CJB Lucas 17:1 Yeshua les dijo a sus talmidim: «Es imposible que no se pongan trampas. ¡Pero ay de la persona que las pone!».

Me parece que lo que se quiere decir es que el mundo sufre, y seguirá sufriendo, desgracias porque distintas personas pondrán trampas que harán tropezar a otros. Pero, aún más importante: ¿qué impiden estas trampas que hagan las personas del mundo para que Cristo esté tan preocupado por ello? Es que estas trampas, estas perversas celadas, impiden que las personas busquen el Reino de los Cielos y, por consiguiente, que tengan siquiera la oportunidad de entrar en él.

La palabra griega que se traduce como trampas, ofensas u obstáculos es **skandalon**, de la que procede la palabra inglesa scandal (escándalo). En realidad, **skandalon** es el nombre de la varilla que sostiene levantado el borde de una trampa utilizada para capturar animales pequeños. La idea es que la presa ignora que se ha colocado una trampa. La persona que activa la trampa sobre la presa desprevenida actúa como esa pequeña varilla. Así pues, la advertencia que Cristo hace al mundo cumple la misma función que una sirena de ataque aéreo. Es decir, Cristo no está amenazando al mundo, sino diciendo que el mundo padecerá desgracias por causa de estas trampas... ¡así que cuidado! ¡Busquen refugio! Sin embargo, **sí** está amenazando a los individuos perversos que colocan las trampas y actúan como la varilla **skandalon**. Sin duda, la desgracia que recaerá sobre la persona que coloca estas trampas será el gran juicio del Fin de los Días, que declarará culpables a esos individuos, y serán quemados como la paja.

Hablaremos un poco más de esto y avanzaremos hasta el versículo 9 la próxima semana.